



[Seguir leyendo](#)

*Y como a pesar de la advertencia del hombre, que bien clarito lo había recomendado “En esta **página de inicio** se recomienda no pinchar”, yo había pinchado como la idiota que seré siempre, para seguir leyendo pulsé, ¿o no es lo que habría hecho cualquiera?*

Pero no encontré nada.

Nada más que este folio completamente en blanco que me quedé mirando un rato, preguntándome qué sentido podría tener semejante simpleza y concluyendo que, como lo que no tenía ninguno era quedarse ahí, de brazos cruzados, lo único sensato o piadoso al menos para por lo menos evitar que otro pardillo al que le pasara lo mismo y pinchase cayera en el mismo desaliento en que yo había caído, era hacer que dejase de estar en blanco y utilizarlo, aunque nada más fuera, en pasar a palabra escrita el pensamiento de que la única posibilidad que me quedaba era regresar, volver a la página anterior y buscar alguna otra salida que tenía que haberla, seguro, en cualquiera de los otros puntos que había pasado por alto cuando pasé el puntero por ellos.

Regresé, por tanto, y allí me volví a quedar mirando sin saber cuál elegir hasta que, al mover el ratón, me di cuenta de que una vez descartado el seguir leyendo los puntos eran seis.

Nunca me ha gustado elegir. Cada vez que elijo, no importa qué, puede ser el plato de una carta de restaurante, un lugar para ir de vacaciones, el color de la tela para tapizar un sillón, me queda la sensación de

haberme equivocado o, si no propiamente de haberme equivocado, la de que por qué esa opción en detrimento de las otras que, como si fueran seres humanos provistos de sentimientos, imagino compungidas, afligidas por estar siendo rechazadas, preguntándose “por qué a mí”.

Como los puntos eran seis se me ocurrió que la mejor solución era un dado, un dado con sus seis caras que darían idéntica oportunidad a cada uno de los puntos...

Busqué el dado, y el cubilete, y lo agité y lo volqué, pero, gracias a Dios que me di cuenta antes de levantarlo, no había elegido — maldita fuese, ¿iba a tener que elegir si quería como si no?— el criterio a seguir para adjudicar a cada punto cada cara.

Y volví, a repasarlos.

*Ahí comprobé con alivio que bastaba con avenirse al de toda la vida **de arriba abajo y de izquierda a derecha** y, con el ánimo sosegado, levanté el cubilete.*

Un cinco. Nadie tiene por qué creerme, pero fue un cinco. Eran las 23:15 del miércoles 19 de marzo de 2014 y estaba escuchando la radio mientras tecleaba cuando, en una pausa del programa que había en antena en ese momento, dieron el número premiado en el cupón de la ONCE que, lo memoricé como prueba, era el 58392.

Y el cinco, en el dado, cualquiera puede verlo, era esto que se ve en la página de abajo



y pensé que el azar, o la suerte, había sido razonable porque qué procedimiento más lógico, ¿verdad?, que empezar a moverse por una web desde la página de bienvenida.

Y me alegré.

La alegría sin embargo duró poco porque, cuando coloqué el puntero sobre el recuadro color rosa y pulsé, cualquiera puede hacerlo y comprobar que lo que digo es verdad, lo que apareció fue una pantalla en la que lo que se veía era exactamente esto: ¹



¹ Con esta figurita , sí, pero “básicamente” para entendernos.

que me dejaba en una situación idéntica a la anterior pero, pensé con alivio, frente al mismo criterio que aplicar.

Devolví, con resolución, el dado al cubilete y lo volví a agitar.

Esta vez salió un dos que, ateniéndose al criterio, me llevaba a pulsar sobre un ¡Ay qué vida! que, y me volvió a embargar el desencanto, ni se inmutaba cuando le colocaba el ratón.

¿Qué hacer en tal caso?

Insistí con obstinación no ya sólo sobre ¡Ay qué vida! sino sobre **Contenido, Sin comentarios y Vale**. Y, nada, nada de nada, ni siquiera sobre **Inicio** y pese a figurar marcado como invitando a seleccionarlo ocurría nada.

Moví con desaliento el ratón y vi que al pasar por el letrero color rosa el puntero se animaba. Pero aquello, aparte de hacerme desconfiar sospechando que volvería a pasarme lo mismo, estaría siendo en todo caso correspondiente al número uno, así que no me servía.

Me percaté entonces — y mira que lamento tener que aburrir al lector con verificaciones, pero vaya allí y lo verá — de que..., bueno, esa barrita que he colocado a la derecha para que se entienda lo que quiero decir, estaba a la altura de bastante menos de media pantalla, y de que si la deslizaba hacia abajo, a lo mejor...

Y, sí. Con la ansiedad que me tenía en suspenso por encontrar un dos recorrí de pasada y sin leerlo el texto escrito en letras azules hasta llegar al ¡estás invitado! que, sí, lo sé, no va entre admiraciones ni en negrita, pero, me

dio tanta alegría que además de encontrar lo que buscaba se me invitase a...

Y pulsé. Y llegué a... pero para qué andar dando explicaciones y detalles minuciosos cuando es tan sencillo colocarlo aquí:



Estás invitado

salvo en el caso que se da muy de tarde en tarde, pero no es del todo descartable porque hay gente sumamente educada y detallista que tiene la deferencia de enviarte una participación que disipe tus dudas, de que te sea remitida una amable y elegante tarjeta mediante la que se te informa de que afortunadamente no has sido convocado a tal o cual venturoso evento en el que un par de ejemplares de la especie humana y sexos diferentes (o incluso del mismo, aunque tal circunstancia es apenas una anécdota vulgar y corriente de la vida cotidiana que no merece como si dijéramos mención) va a contraer matrimonio y que no has, por tanto, de comprarte ningún vestido nuevo ni calzarte un par de zapatos que con casi absoluta certeza iban (porque con el calzado nuevo siempre pasa lo mismo) a hacerte daño.

Insisto, empero, en que la tal no-invitación suele ser algo del todo infrecuente mientras que, y muy por el contrario, es enormemente habitual que uno aparezca, por pura casualidad y sin saber por qué ni cómo, en una página web de cuya existencia se tenía tan nula noticia que ni tan sólo cabía albergar la sospecha de que se fuera a ser rechazado.

Tampoco se tenía, en tal caso y por ende, la menor idea de que el contenido de la tal página fuera a ser algo por lo que no se había sentido en la vida el menor interés.

Pero, pese a todo y por uno de esos imprevisibles caprichos del azar, ahí está uno haciendo el tonto y mirando con cara de aburrimiento una información detallada y exhaustiva concerniente a pistones y sus diferentes tipos o — caso de que los pistones sean de tu interés puesto que hay gente muy rara, en cuyo caso no estarás siendo (amable visitante) el tipo de espécimen con el perfil idóneo para ilustrar este ejemplo — contemplando con expresión de muy profundo hastío un catálogo a todo color de bastones de esquí, mantos asfálticos impermeabilizantes o lencería femenina bastante absurda pero carísima y muy fina.

No es sin embargo, he de insistir en ello para que nadie se sienta engañado y en consecuencia me demande, la web en que nos encontramos ninguna de esas páginas útiles para dar satisfacción a las inquietudes de mecánicos del automóvil, ni a los intereses de constructores o arquitectos, ni para solucionar los traumas de pobres hombrecillos obsesionados con el sexo.

¿Para qué sirve entonces esta página?

No quiero desanimar a nadie, pero me temo que no sirve absolutamente para nada.

¿Habría de ser esa una razón suficiente para que la página no existiese?

No quisiera ponerme taxativa ni ofrecer, así, nada más empezar como quien dice, un perfil de persona terca e inflexible aseverando sin pestañear que no, que no sería razón suficiente; pero lo voy a aseverar aunque para hacerlo tenga, y que sea lo que Dios quiera, que pestañear o, llevando las cosas a sus últimos extremos, verme forzada a no hacer público mi perfil o, por lo menos, reemplazar mi fotografía por la de la figurita de papel que se muestra más abajo.



Pese a todo, y aun habiendo caído en el imperdonable error de no haberte enviado invitación ni la notificación, en su defecto, de que no estás invitado, quedas autorizado (o "autorizada", en el caso de que pertenezcas al sexo femenino) a pasearte con toda libertad por este mi dominio que desde este mismo momento pasa a ser también el tuyo.

Firmado:
Valentina Luján




Que tampoco lo leí porque debe de ser que se me había quedado la obsesión por deslizar el puntero buscando dónde pinchar y, sin pensar, y con el dos tan reciente que tenía aun en la cabeza, pulsé directamente sobre el




que...

Pero para qué contar lo que pasó ni lo que sentí cuando pulsé en el enter pudiendo, que ya dice un aforismo muy antiguo que una imagen vale más que mil palabras, mostrar exactamente lo que encontré, aquí:



Leí

- Es decir: que pulsó.

No. Creo que pulsar no pulsé. Leí  pero creo que pulsar no pulsé. Es más, tengo la casi total seguridad de que pulsar no pulsé porque recuerdo que, cuando me disponía a colocar el cursor...

- ¿Cuándo se disponía, qué?

A colocarlo.

- No he preguntado a; he preguntado qué.

Ahí.

- ¿Qué paso?

Pues... Ohí, sí; que sucedió algo.

- En eso ya estamos. Pero, ¿puede decirnos qué?

Me temo que no.

- ¿Que no puede?

Exactamente...

- ¿En absoluto?

Bueno, tampoco con entera propiedad en absoluto; pero exactamente, no.

- Vamos, no se le está pidiendo profundizar en detalles que...

Ahí, pero tampoco eran detalles de esos que cuando se pronuncian seguidos de un que van seguidos de un silencio. Esos podría dárselos.

- ¿Esos sí?

Naturalmente.

- ¿Con toda sencillez?

Con toda no. Ese tipo de detalles nadie los cuenta con sencillez. Siempre se adornan.

- ¿Siempre?

Pues claro. Usted como escritor debería saberlo.

¿Y esto no era del todo desconcertante?

Me desasosegó tanto encontrarme en un lugar en el que no recordaba haber estado nunca, manteniendo una conversación del todo absurda que, eso sí lo podía asegurar porque de haberla mantenido tan sin pies ni cabeza la recordaría, tampoco recordaba haber mantenido jamás, que lo único que quería era marcharme, salir de allí como fuese para, al menos, poder sentir un alivio parecido al que se siente al despertar y pensar que fue una pesadilla.

*Pero allí, como puede verse, sólo podía pulsar en el **enter** que era idéntico al **enter** que me había llevado allí...*

¿Me quedaría para toda la eternidad en una suerte (desgracia) de bucle, como esa musiquilla de los celulares que vuelve, y vuelve, otra vez a empezar?

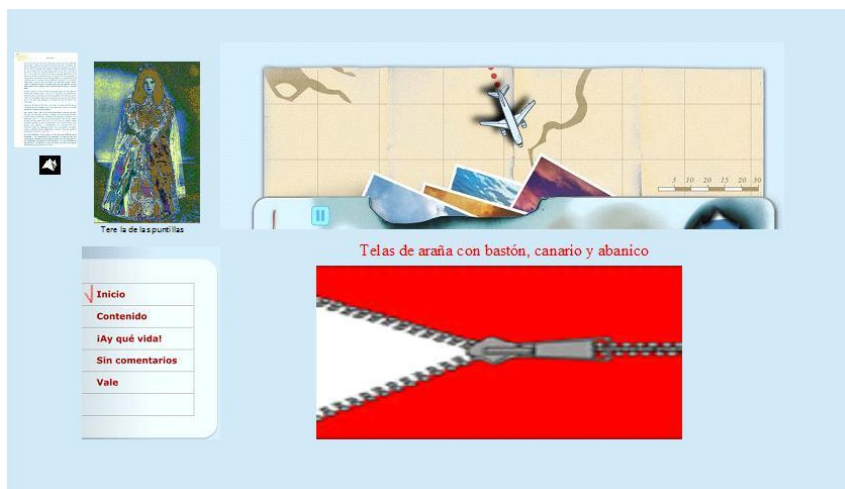
Pero de todas maneras lo pulsé. Lo pulsé y regresé a la página de la invitación y, allí, para no incurrir en el mismo error, me dejé de experimentos y de tonterías de azares y de dados cuando, en realidad y pensándolo bien, elegir azar había sido una elección como otra cualquiera... ¿O no?

*Y, con este nuevo planteamiento de la situación, esta vez elegí pulsar en lo primero que deparase el destino y, como reza otro aforismo también muy antiguo **lo primero es siempre antes** y lo primero estaba siendo la figurita de papel, la pulsé.*

Esta:



que me mandó aquí:



*y una vez aquí, es decir **allí**, y a la vista tan vistoso de ese rectángulo en el centro con la cremallera roja que pensé me llevaría al inicio de la página y a la posibilidad de con un ánimo más libre volver a empezar, lo pulsé sin pestañear y, por fin, desperté, tuve que despertar porque a aquel hombre no lo conocía de nada, ni tenía que ver nada conmigo, y quien no me crea que vaya allí y busque, el 19 de marzo de 2014, donde se ve un video de una gata muy pequeña, que yo lo vi, y verá que nunca antes yo estuve allí.*

Y abrí los ojos; ya podía abrirlos sabiendo que pudiendo ir a una parte distinta, a un lugar diferente que desconocía, no me quedaría para toda la eternidad en una suerte de bucle, como esa musiquilla de los celulares que...

Y, en prueba de gratitud por haberme sacado de la pesadilla, dejé que siguiera sonando y volviese una y otra vez a empezar.

Sin pensar, como si fuera un ser humano provisto de sentimientos, que se sentiría compungido, afligido por estar siendo rechazado, preguntándose por qué a mí.